

DOMINGO GÓMEZ ROJAS, QUE EN EL CIELO NO ESTAS

Fue José Domingo Gómez Rojas un poeta social, cual, según él mismo, iba a ser el más alto de los poetas chilenos. Sueños egocéntricos de un niño genial y complicado, al que muchos acusan de anarquista, hecho improbable, y que, sin embargo, tiene sus razones, ya que en la época en que él aludido escribió y era fogoso orador «camereros de siglo», el anarquismo era una presencia clara en muchos países, ya que representaba una forma de lucha contra los sistemas conservadores capitalistas dominantes, sin olvidarnos que el anarquismo era una forma alternativa al socialismo científico. El idealismo anarquista había calado hondo en las clases laboriosas y hasta en los Estados Unidos su presencia era muy marcada. (Habría olvidado que la mayoría de los mártires de Chicago eran ácratas), y el pensamiento libertario en América tenía en el doctor Giraldo, argentino, una figura enorme que seguía los pasos del peruano González Prada. Las bases históricas del anarquismo que surgen en Pierre Joseph Proudhon y Miguel Bakunin, tenían continuadores en el francés Sebastián Faure, en la norteamericana Emma Goldman, en el español Francisco Ferrer y principalmente en el italiano Enrico Malatesta, el más interesante pensador de esa doctrina en este siglo veinte y un muy consecuente luchador.

El período anarquista estuvo marcado por el terrorismo individualista, nacido obviamente de los excesos provocados por los gobiernos terruñistas, explotadores y miserables que tronzaban la mayor parte del orbe.

Quizás la obra poética de Gómez Rojas le haya significado el ser marcado como ácrata. En su poesía existe la concepción de pueblo sufriente, Cristo pobre y del mismo poeta como defensor de los desposeídos. En su martirio Gómez Rojas explicará esa exaltación y tanática unión en un poema suyo escrito en la cárcel un día antes de su muerte, el 28 de agosto de 1920, cuyos últimos seis versos dicen:

«Besta que, cara a cara, relate a Dios mis quemetas
para que Dios conteste: «¡Hijo! ¿Te han afligido?»

Por eso nada importa, Madre, que a tu buen hijo
los pobres nombres quieran herir. ¡Piedad por el bob!
Piedad, Piedad, Piedad. Mi amor ya los benéjor:
que la luz de los astros les peine los cabellos!»

Hay aquí algo del testimonio del mártir de Cristo. El poeta, una vez más y ahora en situación muy dolorosa, se siente representante de una fuerza superior. Dios, incluso, en otro de sus poemas, Yo te perdono, señala en el último verso: «y pensé que también yo soy un Cristo...» Sus creencias religiosas son extremadamente arcaicas y fanatizadas, y en eso se acerca al mundo de muy pocas ácratas. Su socialismo libertario está constantemente atrevesado por la justificación de una justicia posterior, divina.

Sin embargo, esa poesía de Gómez Rojas, no ensimaba al escritor inocente que fue en él, aunque no se puede desconocer la belleza de sus poemas con «tinta» mágica como los titulados La Biblia y, principalmente, Éxtasis. El canto es bueno en estos y en varios otros poemas y adquiere grandiosidad y significación en las generaciones posteriores con su poema Miserere; además este «ecstático» y esa apotócora presencia cristiana en la obra de Gómez Rojas no es justificación para no considerarlo un interesante luchador social. Amó al pueblo, era de una verbosidad admirable (quizás más de dicción que de construcción política libertaria), y por ello se encontró contra el gobierno miserrable de Sanfuentes y de su Ministro Astorquiza, que lo encarcelaron, lo enloquecieron y lo asesinaron en la Casa de Orates donde murió.

Esto no es de extrañar. Los gobiernos delincuentes suelen buscar una víctima, no un mártir. Una víctima para aterrorizar a los que le enfrentan. Un mártir es un enemigo que crece al morir, aunque nunca tanto como para edificar un aparato sostenido por el gran capital, el robo, el odio, el crimen, y sólo porque el pueblo, esa masa amorfa, no suele tener un cuerpo compacto. Así lo predijo el escritor Antonio Azevedo Hernández al referirse al funeral de Gómez Rojas: «Apenas salda de la necrópolis la muchacumbra, siempre teatral e impersonal, comparsa siempre, se disolvió y se despersonalizó. ¿Y los restos del gran poeta, del gran defensor del pueblo? Ni quedaron cubriéndose poco a poco de olvido». Luego Azevedo Hernández se queja de cómo la memoria del poeta se ha ido borrando y hoy, pasadas casi ochenta décadas de su muerte, advertimos que el recuerdo de Domingo Gómez Rojas es casi nulo.

Este número de Palabra Escrita intenta mostrar parte de lo que fue y de lo que escribió el vate martirizado en Chile sacralizado de comienzos de siglo, en que las manchas de sangre se pastaban por la patria entera, dejando su más grande mancha en la Escuela Santa María de Iquique.

Para la buena memoria de un país un buen nombre: Domingo Gómez Rojas. Para recordar con los dos nombres: Sanfuentes, Presidente de Chile y su Ministro Astorquiza, ambos asesinos. Asesinos de banco que bien pudo quizás haber sido uno de los grandes poetas que Chile habría tenido si su vida no hubiese sido abreviada por los homicidas nombrados.

JOSE G. MARTINEZ PERNANDEZ
Santiago de Chile,
Mayo de 1990.

PALABRA ESCRITA N° 33³ (mayo 99) 584228

Domingo Gómez Rojas, que en el cielo no estás [artículo]

José G. Martínez Fernández

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez Fernández, José G., 1949-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Domingo Gómez Rojas, que en el cielo no estás [artículo] José G. Martínez Fernández

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile